

El Arte

Revista Hebdomadaria.

Núm. 13

2 de Abril de 1899

Año I

EL PIANO

ROSA CROISY.—19 años.

EL MARQUÉS DE KERFAUT.—20 años.

En el mes de Marzo. Sombrio y gran salón, en un piso primero de la calle de Lille.

Un criado anciano introduce á Rosa Croisy. Rosa deja sobre el piano un rollo de música y varios paquetitos. Se sienta, y mientras desabrocha sus guantes negros de lana, mira atentamente los retratos que ornán las paredes, llamando su atención, entre todos, el del Marqués Gustavo-Aganor de Kerfaut, retratado á caballo, y cuyo marco lucía la siguiente inscripción: «Monta el caballo andaluz Floridor, regalo de S. M. Luis XVn. Se abre impetuosamente una puerta y entra el joven Marqués de Kerfaut. Es rubio, alegre, un poco altivo; respira vida y juventud.

MARQUÉS.—Señorita: tengo el encargo de decir á usted que mi hermana no puede hoy dar lección.

ROSA.—¿Está mala la señorita...?

MARQUÉS.—No; la que está mala es una hermana de mi madre que vive en Poitou. Está bastante grave: mamá y Juana marcharon esta mañana para asistirle: si empeora me avisarán é iré á reunirme con ellas.

ROSA.—Está bien, caballero...

MARQUÉS.—Debían haber avisado á usted para evitarla este paseo en un día de lluvia, tanto más, cuanto creo que vive usted muy lejos.

ROSA.—¡Oh! eso no importa.

MARQUÉS.—Pero hemos estado tan aturdidos...

ROSA.—Sí, sí, lo comprendo. Entonces, ¿hasta cuándo? ¿Vendré el jueves próximo, ó espero á que ustedes me avisen?

MARQUÉS.—No; de aquí al jueves seguramente habrá habido una solución, y sea ésta en uno ú otro sentido, Juana y mi madre estarán ya de regreso.

ROSA (*saludando con una inclinación de cabeza*).—Caballero... (*Va á salir.*)

MARQUÉS.—Espere usted; está lloviendo á cántaros. Creo que cuando llueve, la calle de París que más se moja es ésta; es espantoso cómo llueve en la calle de Lille. Siéntese usted.

ROSA.—Puedo disponer de poco tiempo.

MARQUÉS.—Si mi hermana hubiese estado en casa ¿no la habría usted dedicado una hora?

ROSA.—Sí; pero no es lo mismo, y aseguro á usted que tengo mucha prisa.

MARQUÉS.—Espere usted hasta que cese este aguacero (*Reparando en los paquetes.*) ¿Son de usted?

ROSA.—Sí; ya me olvidaba. ¿Usted me hará el favor de entregar éste á su hermana? Son compras que me ha encargado...

MARQUÉS.—¿Qué es? No será una indiscreción... ¡soy tan curioso!

ROSA.—Puede verse. (*Descubriendo el paquete.*) Es un acerico y un marco de seda antigua.

MARQUÉS.—¿Cómo compra Juana estas cosas? Son bien feas... ¿No las encuentra usted feas?

ROSA (*aturdida*).—Tal vez... No sé...

MARQUÉS.—¿Dónde diablos ha desenterrado usted esto? ¿Es una labor de las que hacen los presidiarios?

ROSA.—No lo he desenterrado. Mamá y mi hermano hacen estas cosas con telas antiguas... y como la señorita Juana es tan buena... lo supo y me encargó que trajera...

MARQUÉS.—¡Oh! soy un bruto. Señorita, he ofendido á usted y la pido perdón...

ROSA.—De nada, caballero. ¿Habría de ofenderme por tan poco?

MARQUÉS.—La hice sufrir...

ROSA.—De ningún modo.

MARQUÉS.—Y esto me desconsuela. Además, yo no me había fijado en el marco... ¡estas flores azules son encantadoras!

ROSA.—No se esfuerce usted en disculpar lo que juzga su falta. Que esos pobres objetos sean feos ó lindos, tiene poca importancia. Es una manera de ganar un pedazo de pan. No soy bastante necia para creer que se nos compran estas cosas por admiración. No; es simplemente una manera de socorrernos. Pero, ya aclara; adiós, caballero.

MARQUÉS.—No se vaya usted aún. ¿Es usted desgraciada?

ROSA.—No me quejo.

MARQUÉS.—Usted ha dicho que su hermano y su señora madre trabajan... ¿No puede su hermano?...

ROSA.—¿Hacer otra cosa? No. Está paralítico desde los cinco años, y pasa la vida recostado en uno de esos coches para enfermos... ¿Usted sabe?

MARQUÉS.—Sí, sí; ya sé ¿Y qué edad tiene?

ROSA.—Diez y seis años. Mamá corta los cartones y él encola las telas para cubrirlas. Esto le entretiene. ¡Pobrecito!

MARQUÉS.—¿Y no se fatiga?

ROSA.—Sí; en suma, lo hace todo mamá. Sólo ella trabaja. ¡Sin ella!...

MARQUÉS.—Y sin usted.

ROSA.—¡Oh! ¡yo!

MARQUÉS.—No diga usted eso. Después de lo que acabo de oírle, admiro su mérito. A mi no me gusta el piano.

ROSA.—¿Es cierto?

MARQUÉS.—No puedo sufrirle. Constantemente digo á mi hermana: «¿Para qué aprendes ese insoportable instrumento? ¡Deja la profesora!» Desde hoy, esté usted segura que no volveré á decir tal cosa. Es distinto la que como usted se dedica por entero al piano, en el cual encuentra todo su placer...

ROSA.—No sólo por placer.

MARQUÉS.—No me comprende usted; estoy hoy desgraciadísimo... Cuando usted empezó, de pequeñita, ¿no le gustaba á usted mucho?...

ROSA.—Mucho.

MARQUÉS.—¿Usted lo ve?

ROSA.—Desde luego es pesado aprender el piano; pero, en cambio, ¡cuántos buenos ratos le debo! Las horas, los días, las semanas que me costó estudiarle son las mejores de mi vida. Cuando toco, no sufro; sólo las notas lloran. Parece en aquellos momentos que las penas se escapan, se van por las puntas de los dedos, y que los cuidados y las ideas negras se reparten en arpegios y en acordes, no dejando nada en el alma. Cuando se deja la banqueta, después de seis horas de estudio, se encuentra una más aliviada. Como cuando vuelvo de confesar.

MARQUÉS.—¡Será posible! Si yo tuviese preocupaciones ó penas, ¿podría quitármelas el piano? ¡De ningún modo! El *sport* sí, eso es otra cosa. Además ¡debe ser tan difícil aprender!...

ROSA.—Es preciso trabajar. Yo empecé á los seis años y tengo diez y nueve.

MARQUÉS.—¡Trece años de piano!

ROSA.—Sí; y sólo he obtenido un primer accésit en el Conservatorio.

MARQUÉS.—¡Vaya un premio! ¡Tocando como usted toca! ¿Era sordo el jurado? Porque aunque yo deteste la música, sé lo bastante para saber que tiene usted un gran talento. Juana y mi madre lo dicen. «¡Qué lástima que tenga que dar lecciones para vivir! Es un asesinato.»

ROSA.—¡Hay tantos asesinatos como este!

MARQUÉS.—Estuve bien desacertado esta mañana, ¿no es verdad? Pero he sabido cosas que por completo han modificado las falsas ideas que tenía sobre el piano y sobre usted.

ROSA.—¿Qué pensaba usted?

MARQUÉS.—Nada; la molestaria. He cometido ya bastantes inconveniencias.

ROSA.—Digalo, se lo suplico.

MARQUÉS.—¿Lo desea usted? Pues bien; conste que me arrepiento y que he cambiado completamente de opinión. Yo tuve á todas las maestras de piano, hasta las jóvenes y bonitas como usted...

ROSA.—¡Oh!

MARQUÉS.—No haga usted gestos, señorita; usted es muy linda, más que linda, créamelo usted; se lo digo sin el menor asomo de galantería, porque siento hacia usted un profundo respeto.

ROSA.—Basta: dígame ahora, ¿por qué nos tuvo usted á nosotras las pobres maestras de piano?

MARQUÉS.—Por muy coquetas á las bonitas, por ásperas y maliciosas á las feas ó viejas, y á todas por insoportables.

ROSA.—¡Qué retrato!

MARQUÉS.—¡Bien poco parecido á usted! Porque usted está llena de bondad...

ROSA.—Bien; basta.

MARQUÉS.—Desde hoy juzgaré de otro modo; lo juro, señorita. Puede servirme de excusa el no haberla conocido; es la primera vez que hablo con usted, y...

ROSA (*con intención*).—Perome oyó tocar, y por eso me juzgaba.

MARQUÉS (*protestando*).—He oído á usted en malísimas condiciones, cuando daba lección á mi hermana... Tal vez si la oyese tocar estando sola...

ROSA.—Debería gustarle á usted la música.

MARQUÉS.—Señorita, yo la prometo que me gustará en adelante: mejor dicho, ya me gusta.

ROSA.—¿Desde cuándo?

MARQUÉS.—Desde esta mañana... Pero hay quien dice que la del piano... no es música.

ROSA.—Dicen eso los que no son músicos. Si la música está en nosotros, cantará, no importa dónde; acaso en la flauta del pastor ó en el instrumento primitivo de un pueblo salvaje. Es nuestra alma la que hace vibrar las notas. Los que tocan sin alma, sólo con los dedos, no consiguen más que hacer ruido.

MARQUÉS.—Consiguió interesarme; continúe usted.

ROSA.—Nada de eso. Caballero, adiós.

MARQUÉS.—Un minuto solamente. ¿Quiere usted hacerme un favor? ¿Un gran favor?

ROSA.—Según. Nunca prometo sin saber lo que prometo.

MARQUÉS.—Siéntese al piano, y toque, sólo para mí, cualquiera cosa.

ROSA (*resistiéndose*).—Pero...

MARQUÉS.—¡No se niegue usted! Lo que usted quiera. No una obra magistral y difícil. Yo no lo entendería. Toque usted lo que usted más ame, el trozo de música por que usted sienta una preferencia secreta, el que usted toque cuando la abruma algún pesar; ese es el que yo quiero oír.

ROSA (*sencillamente*).—Tocaré un nocturno de Chopin. (*Se sienta al piano y empieza.—El Marquesito se sienta, escucha, mostrándose muy emocionado y feliz. Sus ojos no se apartan de la pobre niña, cuyas pupilas tienen la expresión de un resignado sufrimiento. Y sueña poseído de una emoción completamente nueva para él.*) Esta es la criatura encantadora con quien debería casarme, en lugar de aquella que sólo á medias me agradará. Esta, cual ninguna, sabría hacerme dichoso y guardar mi honor. ¡Y qué acción tan hermosa! ¡Ya no serían precisos los pedazos de seda antigua en aquella pobre casa! Pero... (*y pasea la vista por los retratos pendientes de la pared*) no estoy solo. Mamá tal vez con el tiempo se alegraría. Sin embargo, hay algo más... La raza... el nombre... ¿Qué pensarían de su descendiente mis nobles antepasados? ¡Pobre criatura! Hermosa y buena, pero no puede ser... ¡Qué lástima!

Henri Lavedan



Poema de amores
fué sólo su historia.
Corazón del pueblo, corazón sublime
que á nada se doma,
¡cuánto le quería, cómo padecía
cuando, en sus desdenes,
él la daba celos, cruel y perjuro,
con otras mujeres!...

.....
Cuando supo un día
que ya él no la amaba,
sucumbió de celos, sucumbió de pena,
mandando en sus ansias
su último suspiro,
su último recuerdo,
al que ella decía su *vida* y su *gloria*,
su «único consuelo»;...

por el que viviera
muriendo de amores,
por el que tenían encantos la aurora,
misterios la noche,
sonrisas sus labios,
suspiros su pecho,
al que era la causa de sus alegrías
y sus sufrimientos...

Por el que una vida contenta llevaba
de duelos sin tregua.
Por el que clamaba cuando estaba ausente,
por el que lloraba cuando esta cerca.
Pues era él á un tiempo
á aquellos amores, la muerte y la vida:
la *tierra* y el *cielo*...



Cuando por el dolor los ojos bellos
anúblanse del bien que tanto adoro,
siento que desfallece el pecho mío,
y me pongo á morir, me vuelvo loco...

Ea, no llores más... ¡Diablo de chicas!
suelo decirla en levantado tono...

y acabo siempre por llorar con ella,
porque yo á mi mujer la imito en todo.



El Posturas, Pepe (el Raro),
Ojo huero y Malapata,
el Chatq de Santander,
el Corredera y el Chancía,
Juanillo (el Joroba , el Guapo,
Churumbel y Raspalarga,
el Ojales, Chupacirios,
el Babuchas y el Chilaba,
Ojo de Besugo, el Chiflas,
Tocinito, Oreja gacha,
el Moquetes y el Pintao,
el Pañero, Caraestaca,
el Moreno, Malasombra,
el Pecosó y el Piltrafas,
y otros tantos que no nombro,
toreros de... rompe y rasga,
no han comido de *vigilia...*
ni de carne, esta semana.

E. Dias Infante

La mujer.

Es ella, la mujer, el ser viviente
que más virtud y gracias atesora;
de nuestro bien la placentera aurora,
ella nos muestra en su serena frente.

Ella es el claro día sonriente
que nuestra dicha con sus luces dora;
es del amor el hada bienhechora,
y de ternura la abundosa fuente.

Templo do están virtudes celestiales;
árbol que cubre nuestra edad primera;
flor entre flores, insondable arcano.

Rendíos á su influjo los mortales,
que ella del tiempo en la veloz carrera,
tiene por obra el corazón humano.

Ignacio Maria del Alcázar

LA NIÑA CIEGA

x

El poeta.

¡Pobre niña! ¡Tu existencia
Cuán amarga será al verte
Condenada por la suerte
A perpetua oscuridad!
Sin poder ver de los cielos
El magnífico estrellado,
Ni del mar alborotado
la sublime majestad.

Para tí el mundo no tiene
Los encantos que atesora,
Para tí nunca la aurora
Despunta al amanecer;
Tu siempre, niña, lo miras
De negro vestido todo.—
¡Para vivir de este modo
Más valiera no nacer!

xx

La niña.

Que era el mundo muy hermoso
Me dijo mi madre un día;
Mas también que en él había
Mucho mal, mucha ficción;
Y que era fácil, muy fácil,
Al querer ver su hermosura,
En vez de hallar la ventura
Encontrar la perdición.

Al oír su voz querida
Sentí un placer infinito,
Y hasta al cielo alzando el grito
Bendije mi ceguedad;
¡Que si ver no puedo el mundo
Ni la luz en que se anega,
Tampoco así estando ciega
Podré advertir su maldad!

xxx

El poeta.

¡Pobre niña! Tu inocencia
Comprender no te ha dejado,
Que todo cuanto has pensado
Es una vana ilusión;
¡Que del mundo los dolores
Y sus continuos abrojos,
No hieren, no, nuestros ojos,
Hieran nuestro corazón!

Julían J. Viera

MINUCIAS

Disputaban ayer tarde
Pantaleón y Tiburcio
sobre ideas, y éste dijo:
—Yo soy *luterano* puro...
Mas el otro, no sabiendo
quién era Lutero, al punto
exclamó viendo su traje:
—¡Pues, hombre, no vas de *luto*!

*

—Bruno, desde las columnas
del semanario *La Crítica*,
al escritor Juan González
le ha pegado una paliza,
criticándole su drama,
por lo que está Juan que trina.
—¿Y Juan piensa devolvérsela?
—¡Claro!

—¿Dónde?

—¡En las costillas!

Eduardo Guillar



La vuelta á la razón.

WESW

ESCENA I

Salón de confianza amueblado elegantemente. Puerta en el fondo que comunica con una aserren.

CARLOTA. Y EDUARDO

EDUARDO.—¿Por qué gozáis en mortificarme? He dicho á usted mil veces que estoy loco por usted, que sois mi único pensamiento y aspiración...

CARLOTA (*riendo*).—Sí... Sí... mil veces lo menos; por eso no quiero oírlo otra.

EDUARDO.—Concédame usted, al menos, el pequeño favor que con tanta insistencia os he pedido.

CARLOTA.—¡Pero está usted loco! ¡Darle mi retrato! ¿Qué diría el mundo y mi marido si lo supiese? Y además, ¿para qué lo quiere usted?

EDUARDO.—¿Para qué? Para contemplarlo á todas horas, para contarle mis penas; pues estoy seguro que ese pedazo de cartulina no sería tan cruel como la hermosa á quien reproduce, y me oirá al menos.

CARLOTA.—Lo que es oír...

EDUARDO.—No se burle usted de mí. ¡Al retrato le diría tantas cosas!

CARLOTA.—Como somos buenos amigos, sin dedicatoria puedo complacerle á usted, pero con una condición.

EDUARDO.—¿Cuál?

CARLOTA.—Que todo se lo dirá usted al retrato y me dejará á mí en paz.

EDUARDO.—Es usted una roca.

CARLOTA.—Ahora, si no os molesta mucho, dejadme; pudiera extrañar lo largo de la visita.

EDUARDO.—Adiós, y no olvide usted...

CARLOTA.—Al retrato, amigo mio, al retrato.

ESCENA II

Salón de baile; en un rincón, CARLOTA Y EDUARDO.

EDUARDO.—¿De modo que piensa usted todo lo que dice vuestra carta?

CARLOTA.—¿Cree usted que la ha dictado mi marido?

EDUARDO.—¿Y me aconsejáis acepte la secretaria de la Embajada de París?

CARLOTA.—¡Claro que sí! Es un cargo importante. Y os curaréis de vuestra monomanía, que pudiera llegar á menoscabar bien injustamente mi reputación. Las francesas son muy recomendables, según dicen.

EDUARDO.—¡Juro á usted!...

CARLOTA.—A qué juramentos inútiles. Vuestra asiduidad principiaba á ser impertinencia. Dispensad la franqueza.

EDUARDO.—¡Os soy, pues, indiferente! No he podido hacerme el más pequeño lugar en vuestro corazón. Me verá usted marchar sin decirme adiós.

CARLOTA.—Eso, no; adiós se lo diré á usted ahora mismo.

EDUARDO.—¡Es usted una fiera sin corazón! ¿Así premiáis mi amor, después de un año de pensar sólo en usted á todas horas? (*Carlota tararea al compás de la música.*) ¡Carlota!

CARLOTA (*Ullamando á un joven que pasa junto á ellos.*).—Luis, ¿puedo rogaros me déis el brazo para ir á tomar un refresco. ¡Hace aquí tanto calor!

LUIS.—Será un gran placer para mi acompañaros.

CARLOTA (*del brazo de Luis á Eduardo*).—Cuando estéis en París, recuerde usted nuestras alegres fiestas. (*Se alejan.*)

EDUARDO.—¡Coqueta! ¡Infame! Sí, me iré á París; pero antes he de vengarme.

ESCENA III

La sala de la escena primera.—MANUEL con un sobre en la mano.

MANUEL.—El cambio del abrigo pudiera ser providencial. La letra es de Carlota; pero la carta ¿dónde está, y de qué trataría?... No debo dudar de Carlota, que, no obstante su genio alegre, me quiere de veras... Los celos me asaltan, y este tormento es insufrible... Preguntar á ella ¡una locura! Sería hacerla comprender mi duda; á Eduardo puedo exigirle que me entregue la

carta. ¡Desgraciado si fuera verdad! (*Sale por la derecha. Eduardo aparece poco después por el fondo.*)

EDUARDO.—Adelante... ¿Qué dudo?... Nada tengo que temer. Manuel estará en el círculo y tardará mucho en regresar. (*Al dirigirse á la puerta de la derecha aparece en ella Manuel.*)

MANUEL.—Amigo Eduardo (¡qué tormento son los celos!), ¿qué venis á hacer aquí á estas horas?

EDUARDO (*confuso*).—Venía... á... á... traer os vuestro abrigo que tomé equivocadamente en el círculo.

MANUEL.—Sois muy amable. Es natural ese apresuramiento en un hombre amigo, y usted siempre lo fué mio, ¿no es cierto?

EDUARDO.—Sí... ciertamente que sí...

MANUEL.—Le cuesta á usted trabajo decirlo. ¿Le remuerde la conciencia?

EDUARDO.—¿A mí? ¿por qué?

MANUEL.—¿Por qué? ¿Y aún tiene usted valor para hacer esa pregunta? ¿No sabe usted que en su abrigo había esto (*enseñándole el sobre*), y que su presencia aquí me evidencia del contenido de la carta?

EDUARDO.—¡Os juro!

MANUEL.—¡No cometa usted una nueva infamia! Me basta verle entrando en mi casa como un ladrón. ¿No es esto una villanía? ¿Qué debo hacer con usted?

EDUARDO.—¡Sí, soy un malvado! ¡Matadme, lo merezco!

MANUEL.—Sí, os mataré á los dos.

EDUARDO.—No, Carlota es inocente; sólo yo soy culpable.

MANUEL.—Aquí tiene usted la carta que encerraba ese sobre. (*Después de leer la carta.*) ¿Es cierto? ¿Es ésta la carta que os ha escrito?

EDUARDO.—La única. Ya ve usted con qué desprecio me aconseja marche á Paris. Quien escribe esa carta, no ama, odia.

ESCENA IV

Los mismos y CARLOTA.

CARLOTA (*algo sorprendida*).—¡Cómo! ¿Ustedes aquí sin haberme avisado?

MANUEL.—He traído á Eduardo á tomar té con nosotros para que pueda despedirse de tí, pues mañana sale para Paris.

CARLOTA.—¿Se va usted al fin á Paris?

EDUARDO.—Sí, he sido nombrado secretario de la Embajada, mi amigo Manuel ha hecho el milagro de volverme á la razón.

Javier Cabezas

Y á mí de eso, ¿qué?



Dicen que un niño, que Amor se llama,
pillo, más que otros lo puedan ser,
pasa los días interminables
de su apacible feliz niñez
martirizando los corazones
que aman de veras á una mujer;
que ningún hombre logra evadirse
de las bromitas de este doncel,
porque los sigue con gran ahinco,
y aun con ribetes de estupidez,
batiendo alegre sus blancas alas
y caminando con gran placer
hasta el infierno, si es necesario,
aunque supiera que ardía en él...

*Muy bien, señores;
pero, á mí, ¿qué?*

Dicen que lleva siempre á la espalda
dardos y flechas á tutiplén
y sus disparos son tan certeros
que, aunque le pintan hecho un *bebé*,
nunca hasta ahora se ha equivocado,
ni ha dado en falso ninguna vez;
y que envenena los proyectiles
en un cacharro lleno de hiel,
y, por lo tanto, donde se clavan
dejan un gusto... ¡calcule usted!
Y el pobre humano que se ve herido
de una manera que es tan cruel,
lo mismo puede subir al cielo
que ver los cuernos á Lucifer...

*Muy bien, señores;
pero, á mí, ¿qué?*

Dicen que tiene también el chico
una tremenda y extensa red,
en donde caen constantemente,
sin aguardarse ni á pedir vez,
ahora un sueco ó un italiano,
más tarde un turco ó un portugués...
mil individuos de todas castas,

de todas partes van á granel,
y el que se enreda ya no es tan fácil
que salga pronto del lío aquel
si es que no rompe del instrumento
las fuertes mallas á puntapiés,
y, en ese caso, recibir suele
mil flechas llenas de amarga hiel...

*Muy bien, señores;
pero, á mí, ¿qué?*

Dicen que tiene siempre vendados
sus lindos ojos y que no ve,
y así es que marchan de cualquier modo
los mil vasallos de quien es rey;
y de ahí vienen los desengaños
y los desdenes vienen también;
por eso tienen las ilusiones
un desenlace siempre cruel,
y nada de eso puede arreglarse
mientras el chico no llegue á ver;
pero es un niño y hay que dejarle,
puesto que todos saben muy bien
que el que se acuesta con un chiquillo
por la mañana no huele á miel...

*Muy bien, señores;
pero, á mí, ¿qué?*

Y dicen muchos que ese muchacho
lo que se pesca debe saber,
pues todo el mundo, de polo á polo,
se encuentra siempre sumiso á él:
desde la choza del pordiosero
hasta el dorado trono del rey,
en todas partes halla un asilo,
en todas partes tiene un verje!;
él á quien quiere da la tristeza,
él á quien quiere manda el placer
y... él ha tenido toda la culpa
de que la *lata*, lector, te dé
con estos versos tan mal escritos
que ya peores no pueden ser...

*Muy bien, señores;
pero, á mí, ¿qué?*

B. Melchor Merino



MENSAJE

Avecilla pasajera
que el vuelo tiendes ligera
surcando la inmensidad...
¡Tú, la antigua mensajera
de nuestra felicidad!

¡Tú, pajarillo atrevido,
de brillante colorido,
que en la florida estación
viniste á colgar tu nido
debajo de su balcón!...

Volviste al fin á mi lado.
Te conozco. No ha cambiado
tu caprichoso ropaje;
el mismo oscuro plumaje
y el mismo lazo encarnado.

Por sendas ya conocidas,
por idénticos caminos,
de la tarde á la caída
venías y con tus trinos
me decías: «No te olvida.»

Aquél tiempo ya pasó,
tu alegre canción huyó,
y hoy tu alegre vocecilla
dice en su lengua sencilla:
¡Pobre amante! Te olvidó.

¡Quién me hubiera asegurado,
después de oírlo jurado
por los labios de la bella,
que tú, que has vuelto á mi lado,
serías más firme que ella!...

.....
Vuelve á su lado, y allí
con tus arpegios vibrantes
dila al oído: «¡Le ví,
algo más pálido que antes
y acordándose de tí!»

Alberto L. Argüello



AMOR Y OLVIDO



Boceto casi dramático

La conocí en un baile, cuando apenas
su virgen corazón y alma sencilla
las miserias del mundo vislumbraba,
cubiertas con el manto de la dicha.
Sus ojos, azulados como el cielo,
y el rosado color de sus mejillas;

su mirada inocente y candorosa,
sus palabras, en fin, y sus sonrisas,
infundieron en mi pasión ardiente,
que por primera vez también sentía
la ilusión de querer y ser querido;
y al compás de la orquesta y de las risas
de las demás parejas que vagaban
en torno de nosotros, convulsivas,
le declaré mi amor como el soldado
que por primera vez ingresa en filas,
torpe, porque mi amor era tan grande,
que en humanas palabras no podía
ni expresarle mis puros sentimientos
ni mi pasión pintar como infinita.

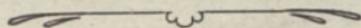
.....

Pero entendió lo que expresarle quise,
y al cabo de entrevistas repetidas,
y súplicas y ruegos, una tarde,
la más feliz y alegre de mi vida,
pude escuchar de sus rosados labios
que á mi sincero amor correspondía.
¡Cuánta ilusión formóse en mi cerebro,
que ví poco después desvanecida!
¡Cuántas veces soñé que ya en mis brazos
con demente delirio la oprimía,
y ella pagaba mi tenaz cariño
con amorosos besos y caricias!
¡Cuán feliz era entonces!... Pero poco
duraron los placeres de mi dicha,
que rápidos pasaron como nubes
de verano, que el aire las disipa.

.....

¡Recordarlo tan sólo, me entristece!
¡Las lágrimas empapan mis mejillas!
Cuando su cara atónito admiraba,
gozando al contemplarla tan divina...
¡le dieron á mi novia las viruelas
y se quedó feísima!

Rafael García Trinojosa



PARODIA

—*—*—

De Rueda.

Á UN USURERO

Matarte, sólo es mi único deseo;
Sólo matarte quiero, mal judío,
Y más lo creo cuanto más me frío
Y más me frío cuanto más lo creo.
Ese rostro de Júdas, más que feo,
Pone como la pez el humor mío;
Y más lo veo cuanto más me río
Y más me río cuanto más lo veo.
Si vienes á cóbrarme, te prometo
Enviar al infierno tu alma injusta
Y el quinto mandamiento no respeto.
Con un garrote el pagaré se ajusta;
Que más me gustará si más aprieto
Y más apretaré si más me gusta.

Manuel Millán



J. J. P.—Tiene defectos; no se impaciente, que no lo hace mal.

J. B.—Se publicará.

A varios colaboradores.—Es imposible contestar á todos en cuanto se reciben las cartas; faltaría espacio en la REVISTA, aunque á ello dedicásemos las 44 páginas.

J. R. C.—No sirve esta.

E. G. de la R.—Se agradecen á usted y amigos sus observaciones.

E. A. y G.—Es muy antiguo.

J. G. S.—Flojas.

E. F. G.—No sirve, por repetir demasiado la palabra *cual*.

S. B.—Envíe otra cosa; puede hacerlo bien.

M. M. y T.—Idem.

A. R. de la P.—Idem.

—*—*—

Importante.

Se ha puesto á la venta el n.º 2 al precio de 10 céntimos para el público y 15 céntimos á corresponsales y vendedores.